

DIEZ AÑOS DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS HUMANAS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
COLOMBIA

Nov. 2009- Nov. 2019

Palabras pronunciadas en el II Encuentro de Egresados de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Colombia con motivo de la celebración de los 10 años de la Facultad

Auditorio Rojo, 11 de diciembre de 2019

Juan Pablo Ruiz Dueñas
Egresado Historia

Compañeros y compañeras, debo confesar mi sorpresa e inquietud cuando desde la Facultad de Ciencias Humanas me solicitaron que escribiera unas palabras para pronunciar en frente de todos y todas ustedes. Sintetizar una experiencia que ha durado más de cuatro años, en poco más de cuatro páginas, resulta una tarea titánica. Pero, en particular, este ejercicio me demostró que existe un grado de complejidad mayor al dilucidar algunas palabras que abarcan una experiencia personal, que cuando se trata de escribir un ensayo, una reseña o, incluso, un trabajo final. De cualquier manera, espero hacer justicia a la labor encomendada.

Corría el año 2015. Yo, joven y sin canas, trabajaba en uno de los museos del centro de Bogotá hacía dos años y me enfrentaba a una importante decisión: optar si continuar mi formación como Administrador Turístico y Hotelero, que había sido pausada, por situaciones ajenas a mi control, una vez finalizado el nivel de Técnico Profesional, o enfrentarme al reto de lo desconocido, estudiar Historia, teniendo en cuenta el entorno en que me desempeñaba en ese entonces. ¿Historia? Con esta disciplina tuve contacto por casualidad por allá en el 2011, cuando era pasante de Turismo en el mismo museo en el que luego entré a trabajar. Mi primer libro de Historia, materia que, al igual de muchos de ustedes, jamás vi en el colegio, fue uno de Aída Martínez Carreño. Su estilo narrativo sencillo y claro me encarreté, y sin saber muy bien lo que tenía entre mis manos, fue ese el texto que me habló al oído y me contó que la Historia no solo era para leerla.

¿Pero, dónde estudiarla? Inicé una exhaustiva búsqueda de ofertas educativas en las distintas universidades de la ciudad, públicas y privadas, comparando horarios, planes de estudios, instalaciones, precios y facilidades de pago; mientras tanto, trataba de pensar cómo organizaría mi tiempo y dinero para aventurarme en la odisea de trabajar y estudiar en la misma jornada. Después de algunos días, di con la Universidad Autónoma de Colombia, institución que ofrecía el programa de Historia, con un detalle particular que llamó mi atención: “Énfasis en Patrimonio Histórico y Museología”; consideré que este enfoque desarrollaría mis conocimientos y habilidades en mi trabajo y me permitiría una mejor calidad de vida, así que consulté precios y horarios. El costo del semestre era asequible, pero la jornada diurna entraba en conflicto con mi trabajo, así que después de hacer un trato con mi jefe de entonces, me inscribí. Al dirigirme a la Facultad de Ciencias Humanas para formalizar mi ingreso, fui entrevistado por la decana en el salón de profesores del segundo piso, quien me asignó la elaboración de una reseña de un artículo sobre la apropiación y el uso de tierras durante el siglo XIX, publicado la Revista Gráfica, insignia de la Facultad. Finalizado el ejercicio, las asistentes de la oficina de la Facultad me indicaron los pasos a seguir; me inscribieron las materias y me dieron el recibo de pago. Era oficial, me convertiría en un «Autónomo».

En febrero de 2015, antes de iniciar clases, conocí a quien se convertiría en uno de mis mayores apoyos durante los primeros semestres de la carrera, y en un amigo de por vida. Él, quien por cosas de la vida se había retirado de la Autónoma en quinto semestre, pronto se convirtió en mi parcerero y fue él quien dio el impulso final para iniciar la carrera. De ahí en adelante, el tiempo voló: clases, ensayos, lecturas, exámenes, exposiciones y cortes fueron y vinieron y, casi sin sentirlo, había aprobado mi primer semestre.

Mi amigo me había dicho que el primer año de la carrera no representaba mayor dificultad, que lo verdaderamente complejo iniciaba en el tercer semestre, cuando cada quien se enfrentaba de pleno a las materias de su propia carrera. Poco a poco, fuimos testigos de cómo algunos de nuestros compañeros fueron quedándose atrás en el camino, algunos, para jamás volver a ser vistos. De las casi cuarenta personas con las que entré ese primer semestre, a la fecha en que escribo estas palabras quedan unas diez, algunos de ellos, amigos de corazón y futuros colegas de profesión, seguirán nuestros pasos en breve. Otros, quizá menos afortunados, decidieron continuar por caminos alternos construyendo sus propias historias.

A medida que los semestres fueron avanzando, fui adentrándome en la realidad y en lo que significa la historia de un país como el nuestro, como si de nuevos mundos se tratase, me sentía cada vez

más inmerso. Así, fueron transcurriendo los semestres, algunos con mayor dificultad, otros sin tantos obstáculos, y, uno que otro, a punto de desistir, por situaciones laborales y personales. Hoy, a pocos días de cerrar el 2019, observando el fenómeno a cierta distancia, ya parecen lejanos aquellos momentos críticos que osamos superar, somos conscientes que cada semestre trajo consigo sus propios retos y desafíos, pero también nuevos aprendizajes y, sobre todo, pequeños y grandes cambios en nosotros mismos, que solo después de pasado algún tiempo, supimos reconocer y aceptar. Quizás lo que mi amigo me había dicho tenía algo de cierto, o, tal vez, lo que realmente sucedió fue que con el paso de los semestres dejamos de prestar atención, porque lo verdaderamente importante fue recorrer cada uno nuestro propio proceso, de manera individual, al ritmo de cada cual.

En lo personal, estudiar en la Autónoma representó hacer más sacrificios de los que jamás creí poder realizar. Al igual que ustedes trasnoché, pasé de largo, dejé de lado a mis amigos y sus planes para dedicarme a la lectura y la escritura y hasta modifiqué mis hábitos sociales, visitando a mi familia quizás una vez al mes, aun cuando no nos separaban más de 10 kilómetros de distancia. Sacrificios, sí, pero estudiar en la Autónoma también representó alcanzar logros y superar metas, la generación de nuevos conocimientos, el haber conocido y compartido con profesores, amigos, parceros y compas, y, sobre todo, con nosotros mismos.

En el camino aprendí que la construcción de conocimiento que la sociedad requiere para el cambio no depende solamente de nuestros aportes individuales, sino que también demanda trabajo en conjunto, discusiones, debates, comentarios y críticas. Esto fue precisamente lo que encontré en la Facultad de Ciencias Humanas, un espacio abierto a la conversación, a la socialización de las diversas opiniones y perspectivas, y donde pudimos expresar nuestros puntos de vista dentro y fuera del aula de clases, pues aun cuando las personas con las que compartimos piensan distinto, todos y todas contamos siempre con un lugar para expresarnos y, por qué no, para oponernos con argumentos.

Las Humanidades nos ofrecen miradas distintas desde las cuales podemos analizar las realidades sociales que rodean al individuo y a su espacio. Considero que, metafóricamente, se asimilan a la acción de correr una cortina que nubla la vista e impide apreciar al entorno circundante, por lo tanto, deben ser el inicio de un llamado de atención que corrija el rumbo desenfrenado del mundo moderno, acelerado e inhumano.

La Historia no es ajena a esta realidad, pues al igual que las Humanidades, busca formar individuos integrales, es decir, no solo brindarles un cuerpo sólido de conocimientos, sino también fomentar

en ellos el desarrollo de habilidades relacionadas con el uso de la razón crítica, la observación, la argumentación, y el reconocimiento de la diversidad como rasgo común de los seres humanos.

Hace algunos años, cada uno de nosotros tomó una decisión, una cuyas consecuencias determinaron el curso de nuestras vidas y que nos permitió esta noche reunirnos en este auditorio. Hoy, historiadores, literatos y filósofos autónomos damos lo mejor de nosotros para que nuestra sociedad y nuestras comunidades puedan acceder al futuro que merecen. Autónomos y autónomas, este, nuestro compromiso, está más vigente que nunca.

Hoy nos reunimos para celebrar la primera década de existencia de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Colombia y de los programas de Historia, Estudios Literarios y Filosofía. Qué mejor ocasión para reflexionar sobre el camino andado y qué mejor oportunidad para renovar nuestra responsabilidad en la construcción de un futuro mejor para nuestra sociedad. Quienes asistimos hoy a esta pequeña, pero significativa ceremonia, y aquellos quienes no nos acompañan, recordamos los inicios de una de las facultades más modestas, pero cuyo trabajo arduo, silencioso y, a veces, entre las sombras, han llenado de orgullo a nuestra alma mater, a sus directivos, y, sobre todo, a sus estudiantes y egresados.

Aunque en su momento celebremos lo que hemos alcanzado, el final de una pequeña etapa y el inicio de otras nuevas, lo que nos queda es la recompensa de saber que todo el esfuerzo invertido, todos los sacrificios que hicimos, y de los cuales, tanto ustedes como yo somos conscientes, hizo que valiera la pena, y que, al final, más que el resultado que hoy conmemoramos y el diploma que algunos de nosotros obtendremos en un par de días, y nos reconocerá como miembros de una comunidad y pares de nuestros colegas, lo que nunca debemos perder de vista es el camino recorrido y el cómo nos permitimos llegar a donde hoy estamos.

Compañeros y compañeras. Celebremos lo conseguido y lo aprendido. Disfrutemos lo que viene.